

ESTRATEGIAS E INFERENCIAS EN EL YO POSMODERNO

Jolanda Ruiz

La posmodernidad es un estilo cultural de época, el posmodernismo un movimiento artístico y teórico que asume como propios los valores de ese estilo cultural. El neoliberalismo, es una estrategia ideológica para imponer determinados planes económicos. Posmodernidad y neoliberalismo son fuertemente diferentes y no por ello incompatibles, en tanto no buscan ocupar el mismo espacio.

Roberto Follari

Introducción

Intentar dirimir las pautas que rigen la sociedad del conocimiento es un acto condicionado por la óptica de una modernidad que aunque muerta, aún sigue vigente tal y como apunta Habermas. Pero ¿debemos entender la contemporaneidad como ruptura con el periodo precedente o por el contrario como continuidad evolutiva de la exacerbación de algunos de sus principios? Para algunos autores, como Follari, la posmodernidad no es más que la culminación de una modernidad que en cierto modo plantea su antítesis en el mismo instante en que aspira a la maximización de su propia esencialidad.

Una aproximación rápida a algunos de los considerados elementos clave permite entrever una linealidad no interrumpida. Es así como el discurso de la razón, iniciado con la Ilustración, desemboca en su propia muerte tras el paulatino fracaso de las grandes narraciones tales como el marxismo o incluso el positivismo de aspiración

marcadamente universalista y donde fallan los sistemas de control social tradicionales aparece el miedo como sustituto. Otro aspecto crucial alude al papel de la tecnología en las postrimerías del siglo XX. La denominada *era digital* viene a constatar aquellos efectos tecnológicos de la modernidad, que llevados a su último extremo fracturan la base sobre la que se cimientan.

Desde la economía, el neoliberalismo o el también llamado capitalismo de ficción como lo denomina Vicente Verdú, aparece como expresión de la trayectoria intrínseca del liberalismo, de un capitalismo gestado en el modelo de producción. Es esta progresión la que posibilita la comprensión de un individuo que, aunque fractal en última instancia, permite seguir orientando las tendencias de mercado y las expectativas sociales hacia una mónada que sublimada pierde unicidad.

Si tal y como sugiere Follari, la posmodernidad no es el fruto de acciones conscientes que la producen, debemos asumir entonces que su materialización responde al curso de lo precedente, y por tanto, su crítica desde los preceptos de la modernidad en un cuestionamiento de las bases que han fundamentado lo social desde el siglo XVIII. ¿Podemos, así pues, hablar del fracaso de la utopía científica y racional, o sencillamente constatar empíricamente que la exacerbación de cualquier concepto lleva implícito el riesgo de su fragmentación, de una mutación morfológica?

La agudización de los sistemas y estructuras sociales implica una serie de transformaciones tanto a nivel simbólico como de las significaciones que desde el mundo de la cotidianeidad se manejan. Sobre la base de una economía que exige flexibilidad y cambio constante, la simulación y la reelaboración delimitan los parámetros de articulación de las relaciones y de autopercepción individual. Los sujetos que habitan la posmodernidad se ven forzados a un discurso de reedición constante, a desarrollar habilidades nuevas para dar respuesta a requerimientos sin referentes históricos para los que no existe experiencia previa.

Sin olvidar la inextricable relación entre individuo y sociedad, cabe preguntarse por las estrategias que se desarrollan para el mantenimiento de un sistema en transición y sus inferencias.

Nuestra esfera privada ha dejado de ser el escenario donde se desenvuelve el drama del sujeto reñido con sus objetos (...). Ya no existimos como dramaturgos ni como actores, sino como terminales de redes de computadoras múltiples.

Jean Baudrillard

De las estrategias

Es posible aventurar que el asentamiento paulatino del capitalismo de ficción, cuyo eje vertebrador gira en torno a la acción de consumir, se halla en el epicentro de la transformación que supone la posmodernidad respecto a la modernidad. La actividad económica llevada a cabo durante el pasado siglo supone el relego de la base del liberalismo, es decir, de la producción, y por ende del trabajo entendido no tan solo como medio de supervivencia, sino como definidor social e incluso moral.

La industrialización, junto al concepto de trabajo en cadena, deteriora la relación que hasta ese momento el individuo mantiene con el oficio que desempeña. La necesidad de disponer de mano de obra efectiva lleva a las instituciones a gestionar las distintas formas de vida. El ciudadano se transforma en obrero cuya obligación moral para con él mismo y lo social pasa por la cesión del tiempo de su vida a manos del empresario. Dicho proceso para ser manifiesto requiere de una serie de estrategias que, actuando en paralelo desde diferentes ámbitos de lo social, posibilitan su internalización hasta ser percibidas no como convencionalismos, sino como esencialidades connaturales al hombre.

Ciertas similitudes entre la instauración de los modelos de producción y los de consumo actual pueden ser observadas, sin embargo, las estrategias institucionales empleadas son diametralmente opuestas, si para aquélla el poder disciplinario teorizado por M. Foucault resulta crucial, para ésta es el biopoder el mediador sociopolítico imprescindible para pautar la conducta de las colectividades. Como cualquier otro sistema económico, el neoliberalismo requiere de un hábeas teórico que lo sustente, en este caso la posmodernidad, así como de una praxis que lo ejecute, el biopoder. Dicha forma de entender el poder lleva a la práctica la regulación de la nominalidad que los

constructos posmodernos confieren a la abstracción económica, así, desde las distintas cristalizaciones de poder, el individuo es sugerido, motivado al seguimiento de unas normas que lo disciplinan desde el conocimiento en el uso y en la comprensión de su propio cuerpo y de su vida ya iniciadas en el siglo XVIII. Para Foucault, el cuerpo se muestra como espacio donde puede ser ejercida la disciplina en su particularidad y como objeto de estudio con la intención de aprovechar su potencialidad y genéricamente de regular la vida.

Es posible por tanto hablar de paulatinas transformaciones en todos los ámbitos de lo social, en especial en aquellos mecanismos tradicionalmente considerados de control. La precariedad laboral implícita, el descenso en la producción y su tecnologización provocan la quiebra del eje sobre el que se articulaba la identidad social. El consumo, motor de la economía en el presente, refleja con sus vaivenes la inseguridad e incertidumbre que se gesta en el mismo centro del capitalismo y que se materializa en forma de flexibilización, reducción de costes a partir de compañías transnacionales, movilidad y desapego.

La disolución de la continuidad de la narración vital evidencia la crisis que supone la pérdida de coherencia para el sujeto, y especialmente de la unicidad interior y del resquebrajamiento de las redes sociales de soporte. En un contexto cotidiano dominado por la tecnología y su intrusión en las relaciones diarias emerge teóricamente la nueva identidad posmoderna. Autores como Gergen sugieren el desarrollo tecnológico como multiplicador de espacios para la interacción multiplicando, a su vez, el yo. Las redes sociales se amplifican, sin embargo se aprecia un resentimiento en las de sostén. Las relaciones giran sobre la base de lo efímero, de lo superfluo, en un momento en que la experiencia vital ha dejado de considerarse un valor frente a la juventud y la adaptabilidad.

El desconcierto de la cultura durante la segunda etapa del siglo XX frente al desencanto producido por las dos Guerras Mundiales y el fracaso del Marxismo lleva al cuestionamiento del positivismo y al planteamiento de la externalidad, a la ausencia de esencialismos y de universales comunes tanto sociales como individuales y a apostar por el lenguaje como constructor de realidades a partir de los estudios llevados a cabo desde “el giro lingüístico”. De este modo y sobre estas bases, se articula la

conceptualización del yo múltiple, de la identidad entendida como compartimentos, o metafóricamente como ventanas de un programa. Esta concepción posibilita la adaptación a los nuevos requerimientos laborales, a los continuos desplazamientos, a la hipérbole interaccional, al constante cambio sin lazos de dependencia que no entorpezcan ni ocasionen cuestionamientos interiores. Si nuestra identidad se pacta en cada interacción, cuanto mayor sea el número de las mismas, más rica será nuestra experiencia. Del introspectivo *conócete a ti mismo*, paradigma de la modernidad, pasamos en la actualidad a la exterioridad y la presencia constante del otro, por la ausencia de soledad, al igual que la muerte particular lo es para el biopoder, la soledad es el lugar donde el poder no opera, por eso la primera se reduce al ámbito de lo privado y la segunda es patologizada.

El yo múltiple licita, de algún modo, la fragmentación de la experiencia vital en la que se ve envuelto, la discontinuidad, que de este modo ya no es consecuencia de la exacerbación de un sistema económico, sino de un tipo de construcción social individual. A partir del análisis y la crítica realizada al individuo racional y coherente de la modernidad con la que queda al descubierto el engaño de su naturaleza innatista fruto de un momento sociohistórico, se elabora la alternativa de la multiplicidad, sin embargo, el propio argumento sirve para desmontar la validez de ese yo discontinuo más allá del presente, más allá de la sobremodernidad. Por tanto, ¿no responde su aparición, a la predisposición socioeconómica previa? Sea como fuere, este individuo multiplicado, más que aparecer diluido en su propia saturación, es reforzado en su individuación, en su separación del resto. Si bien no es nada en soledad, tampoco lo es si se difumina en la masa.

Una vez la razón pierde su hegemonía como utopía de orden social con el consiguiente fracaso del bienestar social positivista frente a las solicitudes de un consumo superior, solo aquello “verdaderamente humano” puede alejarnos de dicho malestar, es nuestra propia individualidad, lo que nos distingue del otro, lo que nos hace sentir vivos, la única esperanza de “autenticidad”: La emoción y por ende, el deseo, todo ello localizado en el único lugar probable, el cuerpo.

Esta tríada vertebrada paradójicamente sobre la base de un individuo que, aunque múltiple, se organiza en un único cuerpo, una única capacidad de desear

permanentemente (diferentes objetos) y de emocionarse (por diversos motivos y de distintas maneras), son los trazos que dibujan el quebradizo contorno de la nueva individualidad.

Para el psicólogo Ives Prigent el deseo, contrariamente a la necesidad, pertenece al lugar del sujeto, y, aunque múltiples son también sus patologías, no deja de ser un espacio de libertad temido por lo institucionalizado, que al igual que el cuerpo y la emoción deben gestionarse en la ilusión de la diferencia, de su expresión, de su potencialidad, siempre y cuando se encuentre bajo algún tipo de supervisión. Y si la transformación interna del núcleo familiar, de la concepción del trabajo, la reelaboración de la religión y la escolarización ya no pueden ejercer su función de control, solo resta el miedo para mantener la emoción y el deseo del individuo dentro de los límites necesarios.

Me he hecho un tatuaje. Me siento supercontenta. Con lo difícil que es tomar decisiones en la vida y he tomado ésta, que en teoría es algo para siempre.

S. M. (Secretaria de Dirección)

De las inferencias

Para Marc Augé, una de las inferencias más significativas de la sobre modernidad es la sobresaturación. Por un lado, la modificación de la coordenada espacio/temporal por exceso, y por otro, de la figura del ego, del individuo que cree ser el centro desde el que interpretar los signos no por su conocimiento, sino por su reconocimiento.

Este individuo sobresaturado surge de la hiperexcitación del *yo emotionalis*. Sus sistemas interpretativos son fiscalizados por las directrices sociales expresados a través de los *mass media* en ciudades convertidas en espacios en los que manifestar el deseo bajo la maquinaria de la autoprotección.

Si la adquisición de la madurez tradicionalmente coincide con el dominio de la razón como principio, el desengaño que supone su fracaso durante el siglo XX coloca al sujeto a merced de las pasiones y la volubilidad de sus sentimientos en un mundo de

voliciones y ofrecimientos efímeros. La incerteza del entorno y la ausencia de referentes cercanos basados en la experiencia (de madres a hijas, de oficial a aprendiz, etc.) lo convierten en un ser inseguro, necesitado de refuerzo obligado a autorreafirmarse a través de la constatación de la opinión de un profesional o de un medio de comunicación.

Argumentar el debilitamiento del yo, desde algunas perspectivas teóricas resultaría un sinsentido, especialmente frente a su oposición con la esencialidad de la modernidad, sin embargo, no lo es tanto a la luz de la construcción sociohistórica del concepto individuo. Considerando la posmodernidad como exacerbación de los principios de la modernidad es posible pensar en términos de debilitamiento de un yo que se inicia racional, coherente y único y cuyos contornos van difuminándose, perdiendo consistencia con respecto a aquello que lo caracteriza. Su individualidad se extrema, se particulariza, le obliga a mostrar su diferencia pero a la vez fragmenta su base convirtiéndolo en cientos de *yoes* divergentes capaces de consumir por separado.

El hombre posmoderno es el hombre de la transición nacido en la modernidad y que sigue viviéndola experimentada desde la sobre modernidad. Educado en la moralidad de la razón se halla abocado a una sociedad que le es incomprensible, donde lo relativo pone en tela de juicio el propio pensamiento, la creencia, sin tiempo para elaborar un nuevo sistema. El hombre de la posmodernidad sigue siendo el hombre de la lentitud, que en la pérdida de referentes sociales en los que sostenerse desarrolla patologías que nacen de la necesidad de apoyo —personalidad múltiple, anorexia, adicciones, esquizofrenia, vienen a significar los miedos y las ausencias de un periodo social.

Esta dificultad adaptativa que supone para el hombre cotidiano el paso de una sociedad analógica a una digital en el periodo de una generación desaparece en las de fin de siglo. Para esta nueva generación la tecnología, la flexibilidad, la pérdida de memoria histórica continua, lo simulado, lo referencial son las nuevas coordenadas sobre las que elaborar una identidad propia, múltiple pero cierta, con nuevos símbolos y acuerdos sociales, con valores distintos.

Frente a la seguridad de la nueva generación emergente, la sociedad posmoderna se adolescentiza, son sus *modus vivendis* los que se reproducen. El adolescente marca la

tendencia y es quien parece poseer la información necesaria para vivir el día a día, convirtiéndose en el modelo a seguir. Se emulan sus cuerpos a través de la cirugía, sus atuendos, sus gustos, sus comportamientos, el histrionismo de su experimentación, especialmente aquellos aspectos que puedan favorecer el consumo. Y el hombre posmoderno adulto se debilita sin nada que ofrecer al futuro salvo su propia reedición, renegando del pasado y volviendo una y otra vez en un bucle eterno mientras observa entre temeroso y fascinado la certidumbre con que avanza el joven de la era digital.

Bibliografía

Alba, S. (2005): 'Egolatría', *Rebelión*, en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=20084>

Augé, M. (2005): *Los no lugares*, Gedisa, Barcelona.

— (2005b): 'La sociedad líquida', *Diario ABC*, 22 de Octubre, artículo disponible en: http://salonkritik.net/archivo/2005/10/la_sociedad_liq.php

Constante, A.: 'El cuerpo del delito o políticas del cuerpo', *Antroposmoderno*, Argentina, en: http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=950

Cortés Morató, J. (2005): '¿Qué son los memes?', disponible en *Rincón de Letras*, espacio de Jaume D'Urgell: <http://www.durgell.com/item/205>

Gergen, K. (2003): *El yo saturado*, Paidós, 2003.

Habermas, J. (1998): 'Nuestro breve siglo', en *Revista Nexos*, Méjico, <http://www.nexos.com.mx>, texto disponible online en: <http://latinamerica.dpi.org/documents/9HABERMANSJ-NUESTROBREVESIGLO.doc>

Follari, R. (2000): 'Pensar la modernidad', artículo disponible en *Antroposmoderno*, Argentina: http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=860

Foucault, M. (2000): *Las tecnologías del yo*, Paidós, Barcelona.

Ocaranza, N. (2002): 'Eros y Cosmos. Surrealismo y abstracción en la pictórica de Matta', Antroposmoderno, Argentina, en:

http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=957

Rendueles Olmedo, G. (2005): *Egolatría*, Ed. KRK, Oviedo.

Rendueles Olmedo, G. (2005b): 'Palinodia psiquiátrica en el día de la salud mental', en *Psikis*, disponible en: <http://www.psykis.cl/portal/leer.php?cod=1454>

Rojas Osorio, C. (1997): 'Gilles Deleuze: La máquina social', Antroposmoderno, Argentina, en: http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=225

Saiz-Calderón Gallego, C. (2002): 'El narciso posmoderno', en *Publica tu obra*, Universidad Nacional Autónoma de México, disponible en:

<http://www.tuobra.unam.mx/publicadas/030227184615-EL.html>

Sennett, R. (2005): *La corrosión del carácter*, Anagrama, Barcelona.

Vásquez Rocca, A. (2002): 'Baudrillard: Alteridad, seducción y simulacro', Antroposmoderno, Argentina, en:

http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=884

VVAA (2003): 'Salud Mental', Monografías, disponible en:

<http://www.monografias.com/trabajos19/salud-mental/salud-mental.shtml>

Resumen

Este artículo trata de la posmodernidad como estilo cultural que influye, desde todos los espacios sociales, en el individuo. Analizada como límite extremado de la modernidad, la posmodernidad se ha descrito como la base teórica de la revolución de las tecnologías que han modificado el mundo radicalmente en los últimos veinte años. La economía sigue ocupando un lugar fundamental en esta nueva sociedad, como en todas las anteriores. Pero, ahora el consumo se ha convertido en la variable más importante, y condiciona la vida de los individuos afectando a su propia identidad.

Palabras clave

Posmodernidad, modernidad, yo, consumo, capitalismo, incertidumbre, poder.

Abstract

This article treats of the postmodern era as cultural style that influences, from all the social spaces, the individual. Analyzed as extreme limit of the modernity, the postmodern era has been described as the theoretical base of the revolution of the technologies that have modified the world radically in the last twenty years. The economy continues occupying a fundamental place in this new society, like in all the previous ones. But, now the consumption has turned into the most important variable, and determines the life of the individuals concerning his own identity.

Key words

Postmodern, modernity, I, consume, capitalism, uncertainty, power.